

ella misma ¡los gusanos de la tumba á su alrededor!

Al cabo de una hora, Rodolfo volvió. Venía acompañado de Schaunard y de Gustavo Colline. El músico vestía de verano, Había vendido sus prendas de paño para prestar dinero á Rodolfo, al saber que Mimí estaba enferma. Colline, por su parte, había vendido algunos libros. Hubiera preferido, según decía, vender un brazo ó una pierna antes que desprenderse de sus queridos libros de lance. Pero Schaunard le hizo observar que nadie hubiera comprado su brazo ni su pierna.

Mimí se esforzó en mostrarse alegre para recibir á sus antiguos amigos.

—No soy mala—les dijo,—y Rodolfo me ha perdonado. Si quiere tenerme consigo, me pondré unos zuecos y una cofia, lo mismo me da. Decididamente la seda no es buena para mi salud—añadió con tristísima sonrisa.

A propuesta de Marcelo, Rodolfo envió á buscar á un amigo suyo que había acabado recientemente la carrera de medicina. Era el mismo que algún tiempo antes había cuidado á la buena Paquita. Cuando llegó le dejaron sólo con Mimí.

Rodolfo, avisado de antemano por Marcelo, sabía ya el peligro que amenazaba á su amante. Cuando el médico hubo visitado á Mimí, dijo á Rodolfo:

—No puede usted tenerla en casa. A menos de ocurrir un milagro, está perdida. Hay que enviarla al hospital. Yo le daré una carta para la Piedad, conozco allí á un interno, y estará bien cuidada. Si ella puede llegar á la primavera, tal vez podamos sacarla de allí; pero si se queda aquí, dentro de ocho días ya habrá dejado de existir.

—Yo no me atreveré jamás á proponérselo—dijo Rodolfo.

—Se lo he dicho yo mismo—respondió el médico,—y ella consiente. Mañana le enviaré el boletín de admisión en la Piedad.

—Amigo mío—dijo Mimí á Rodolfo,—el médico tiene razón, vosotros no podríais cuidarme aquí. En el hospital tal vez logre curarme; así, pues, hay que conducirme á él. ¡Ah! ¿ves? tengo tantas ganas de vivir ahora, que consentiría en acabar mis días con una mano en el fuego y la otra entre las tuyas. Además, ya irás á verme. No has de darte pena; allí estaré bien cuidada, me lo ha asegurado ese joven. En el hospital dan gallina y encienden la estufa. Mientras yo me curaré, tú trabajarás para ganar dinero, y cuando esté ya curada, me vendré á vivir contigo. Ahora tengo muchas esperanzas. Tiempo atrás, cuando aún no te conocía, estuve también enferma y me salvaron. Sin embargo, entonces no era dichosa, y hubiera debido morir. Ahora que vuelvo á ser tuya y que podemos ser felices, me volverán á salvar, pues yo me defenderé con todas mis fuerzas de la enfermedad. Tomaré todas las cosas malas que me den y si la muerte me arrebatara, será á la fuerza. Dame el espejo, me parece que tengo mejor color. Si—dijo mirándose en el cristal,—recobro ya mi buena cara; y mis manos, ¿ves? son siempre bonitas; bésalas otra vez, y no será la última ¿oyes? pobre amigo mío—dijo abrazándose al cuello de Rodolfo y anegándole el semblante entre sus sueltas gudejas.

Antes de marchar al hospital, quiso que sus amigos bohemios se quedasen á pasar la velada con ella.—Hacedme reír—decía,—la alegría es mi

salud. Es aquel tipo de lechuza del vizconde, el que me ha puesto enferma. Quería enseñarme ortografía, figúrense ustedes; ¿para qué había de servirme? Y sus amigos ¡qué sociedad! Un verdadero corral, en el que el vizconde era el gallo. El mismo se señala la ropa blanca. Si alguna vez llega á casarse, estoy segura de que se hará los hijos él mismo.

Nada más desgarrador que la alegría casi póstuma de aquella desdichada muchacha. Todos los bohemios hacían penosos esfuerzos para disimular sus lágrimas y mantener la conversación en el tono de broma en que la había colocado la pobre niña, para quien el destino estaba hilando el hilo de su última vestimenta.

Al día siguiente, por la mañana, Rodolfo recibió el boletín del Hospital. Mimi no podía tenerse en pie; fué preciso que la bajaran al coche. Durante el trayecto, sufrió horriblemente por los vaivenes del simón. Pero aun en medio de aquellos sufrimientos, sobrevivía en ella la última cosa que muere con las mujeres, la coquetería; dos ó tres veces hizo detener el coche delante de los almacenes de novedades, para contemplar los escaparates.

Al entrar en la sala designada en su boletín, Mimi sintió un terrible sobresalto; una voz interior le decía que iba á terminar su vida entre aquellos muros apestosos y desolados. Y empleó toda su fuerza de voluntad en disimular la lúgubre impresión que le había helado la sangre.

Cuando estuvo acostada en la cama, besó á Rodolfo por última vez y le dijo adiós, recomendándole que fuera á verla el próximo domingo, que era día de entrada.

—¡Qué mal huele aquí—dijo.—Tráeme flores, violetas, que aun hay.

—Sí—dijo Rodolfo,—adiós, hasta el domingo.

Y corrió las cortinas de la cama. Pero al oír las pisadas de su amante que se alejaba, Mimi sintió un repentino acceso de fiebre, casi delirante. Abrió bruscamente las cortinas, y echándose á medias fuera de la cama, gritó con voz entrecortada por las lágrimas:

—¡Rodolfo, llévame! ¡Quiero marcharme!

La hermana corrió á su grito y trató de calmarla.

—¡Oh!—dijo Mimi.—Aquí me moriré.

El domingo siguiente, que era el día en que debía ir á ver á Mimi, Rodolfo se acordó que le había prometido violetas. Por una superstición poética y amorosa fué á pie, con un tiempo horrible, á buscar las flores que le había pedido su amiga, en aquellos bosques de Aulnay y de Fontenay donde había estado tantas veces con ella. Aquella naturaleza tan risueña, tan alegre, bajo el sol de los hermosos días de junio y de agosto, la encontró sombría y helada. Durante dos horas corrió los zarzales cubiertos de nieve, levantó los espesos matorrales con un bastón, y logró reunir algunos tallos, precisamente en una parte del bosque que inmediata al estanque de Plessis, sitio que era su retiro favorito cuando iban al campo.

Mientras atravesaba la aldea de Chatillon para regresar á París, Rodolfo encontró en la plaza de la iglesia el acompañamiento de un bautizo, entre el que reconoció á un amigo que hacía de padrino con una artista de la Opera.

—¿Qué diablos vienes á hacer aquí?—le preguntó el amigo, sorprendido de ver á Rodolfo en aquel sitio.

El poeta le contó lo que le sucedía.

El joven, que conocía á Mimi, se sintió conmovido por la relación, y metiendo la mano en el bolsillo, sacó un cucurucho de confites del bautizo, y lo entregó á Rodolfo.

—¡ Pobre Mimi! Déle usted esto de mi parte, y dígale que iré á verla.

—Vaya usted pronto, en este caso, si quiere llegar á tiempo—le respondió Rodolfo al dejarle.

Cuando llegó al hospital, Mimi, que no podía moverse, le abrazó con la mirada.

—¡ Ah! ¡ ya están aquí mis flores!—exclamó con la sonrisa de un deseo satisfecho.

Rodolfo le contó su peregrinación por aquellos lugares campestres que habían sido el paraíso de sus amores.

—¡ Flores queridas!—dijo la pobre muchacha besando las violetas. Los confites la pusieron también muy contenta.—¡ Es decir que no me han olvidado! ¡ Qué buenos sois vosotros! ¡ Ah! ¡ Cuánto les quiero á tus amigos!—dijo á Rodolfo.

Aquella entrevista fué casi alegre. Schaunard y Colline hicieronle compañía con Rodolfo. Fué preciso que los enfermeros les mandaran salir, porque había pasado ya la hora de la visita.

—Adiós—dijo Mimi;—hasta el jueves sin falta, y venid pronto.

Al día siguiente, al volver á su casa por la noche, Rodolfo recibió una carta de un alumno de medicina, interno del hospital, á quien había recomendado la enferma. La carta sólo contenía estas palabras:

«Amigo mío, he de comunicar á usted una mala noticia: el número 8 ha fallecido. Esta mañana, al pasar por la sala, he hallado la cama vacía.»



Rodolfo se dejó caer en una silla sin derramar una sola lágrima. Cuando Marcelo volvió, encontró á su amigo en la misma actitud de embrutecimiento; con un signo, el poeta le enseñó la carta.

—¡Pobre muchacha!—dijo Marcelo.

—Es extraño—dijo Rodolfo,—no siento nada. ¿Murió acaso mi amor al saber que Mimí debía morir?

—¡Quién sabe!—murmuró el pintor.

La muerte de Mimí causó un duelo profundo en el cenáculo de la bohemia.

Ocho días después, Rodolfo encontró en la calle al interno que le había anunciado el fallecimiento de su amante.

—¡Ah! mi querido Rodolfo—dijo éste corriendo al encuentro del poeta,—perdóneme usted del mal que le hice con mi precipitación.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó sorprendido Rodolfo.

—¿Cómo?—replicó el interno,—¿no lo sabe usted? ¿no la ha vuelto á ver?

—¿A quién?—gritó Rodolfo.

—A ella, á Mimí.

—¿Qué?—dijo el poeta palideciendo.

—Que me equivoqué. Cuando le escribí aquella mala noticia, fui víctima de un error; voy á explicarle cómo. Yo estuve ausente del hospital durante dos días. Cuando volví, siguiendo la visita, hallé vacía la cama de su mujer. Pregunté á la hermana donde estaba la enferma y me respondió que había muerto durante la noche. Pero lo ocurrido era esto. Durante mi ausencia, Mimí había sido cambiada de sala y de cama. En el número 8 que acababa de dejar, instalaron á otra enferma que murió el mismo día. Esto explica el error

de que fui víctima. Al día siguiente del en que le escribí, encontré á Mimi en una sala vecina. La ausencia de usted la puso en un estado horrible; me dió una carta para usted, que llevé á su casa en aquel mismo momento.

—¡ Ah! ¡ Dios mío!—exclamó Rodolfo,—desde que creí muerta á Mimi, no he vuelto á mi casa. He ido á dormir aquí y allá con mis amigos. ¡ Mimi vive! ¡ Dios mío! ¡ Qué debe pensar de mi ausencia! ¡ Pobre niña! ¡ pobre niña! ¿ Cómo está? ¿ Cuándo la vió usted?

—Anteayer por la mañana, y no estaba mejor ni peor; se hallaba muy inquieta porque creía que usted estaría enfermo.

—Condúzcame usted á la Piedad al momento—dijo Rodolfo,—que yo la vea.

—Espere usted un momento—dijo el interno cuando llegaron á la puerta del hospital;—voy á pedir al director permiso para que pueda usted entrar.

Rodolfo esperó un cuarto de hora en el vestíbulo. Cuando el interno volvió, le tomó la mano y le dijo únicamente estas palabras:

—Amigo mío, hágase cargo de que la carta que le escribí hace ocho días era cierta.

—¡ Cómo!—dijo Rodolfo apoyándose en un pilar.—Mimi...

—Esta madrugada, á las cuatro.

—Lléveme al anfiteatro—dijo Rodolfo,—¡ que yo la vea!

—Ya no está allí—dijo el interno. Y señalando al poeta un gran furgón que estaba en el patio, parado delante de un pabellón sobre cuya puerta se leía: *Anfiteatro*, añadió:—Está allí.

Era, efectivamente, el coche que sirve para el

transporte de los cadáveres que no han sido reclamados, á la fosa común.

—Adiós—dijo Rodolfo al interno.

—¿ Quiere usted que le acompañe?—le propuso éste.

—No—repuso Rodolfo marchándose.—Tengo necesidad de estar solo.